

Capítulo 1 - Salvar la escuela habría sido más fácil si fuera empleado de cafetería

- Capítulo 1 - Salvar la escuela habría sido más fácil si fuera empleado de cafetería

Capítulo 1 - Salvar la escuela habría sido más fácil si fuera empleado de cafetería

Las suaves melodías rítmicas flotaban desde el campo de abajo hacia los oídos de una figura oculta. Yaciendo sobre su espalda, la fría viga de acero debajo de él le mordía la columna vertebral. Tembló y friccionó sus palmas. Llevándolas a su rostro, intentó devolverles la sensación de respiración. Mala suerte estar desplegado en medio de una ola de frío. No era la primera vez hoy que le tentaba desear que el mal clima desapareciera con un simple deseo. Solo tomaría un momento. Su control era lo suficientemente bueno para que no pasara desapercibido abajo, ni tampoco que costara mucho. Aunque eso sí, costó, y en estos días necesitaba cada ápice de poder mágico que pudiera reunir. Intentó distraerse. ¿La última vez que había ido a un estadio? ¿Fue en la universidad? Quizás. Como muchas cosas de su vida pasada, los detalles estaban borrosos. Erodados por lo que experimentaba, por lo que pudo haber sido, por una eternidad flotando en un vacío insensible. "Sabes, este traje podría estar mejor aislado," susurró quejándose. Su auricular chisporroteó y una voz, a la que aún no se había acostumbrado por completo, resonó. "Este traje viene con regulador de temperatura de serie." Lo que fue su culpa, quedó implícito. Suponía que eso era cierto. Después de todo, había arrancado todos los dispositivos electrónicos hacía meses. No es paranoia si en realidad están tratando de atraparte. No, ya estaban intentando atraparlo. "Actualización de estado." Por misericordia, la voz de su encargado le impidió caer otra vez en esa espiral. "Un momento," respondió con indiferencia, en marcado contraste con su contraparte. Sentía su desaprobación, a pesar de la distancia de más de cien kilómetros que los separaba. Se volteó sobre el estómago y estiró el cuello por encima del lado, ganando una vista del suelo donde se desarrollaba una especie de espectáculo. Si a ese espectáculo se le podía llamar así, como una invocación demoníaca. Dispuestos en una formación de pentágono muy familiar, había cerca de ochenta a cien cultistas recitando ritualísticamente en un idioma olvidado. Dibujados en lo que él asumía era sangre, porque cultistas, el pentágono cubría el campo y estaba decorado con velas en intervalos regulares. En la cabeza de la formación, un hombre envuelto en sombras en un púlpito, un pastor guiando su rebaño. La magia en el aire pulsaba con cada una de sus palabras mientras conducía a sus seguidores en cánticos. Como simple observador, le habría gustado entender cómo funcionaba esa magia, pero al menos había visto esta escena varias veces y sabía en qué parte del ritual estaban. "Parece que están llegando a la parte del sacrificio," informó, observando las ofrendas. Sus identidades eran evidentes, tanto por su posición en el centro como por el fervor con que cantaban. Los sacrificios voluntarios tendían a potenciar el ritual. ¿O tal vez era más fácil esconderse sin preocuparse por secuestrar a personas? Nunca logró comprender eso del todo. "Entonces, ¿aún no tengo luz verde?" preguntó, algo desconcertado. Por lo general, querían que cortara eso de raíz. "Negativo en luz verde; espera." Por cómo apretaba los dientes, su encargado

claramente no estaba contento con la demora. Tal vez confiaba en que pudiera salvar a algunos. Él bufó. Novatos. No entendían que, de una forma u otra, todos ahí abajo ya estaban muertos. ¿Y él? Claro, si había inocentes—bueno, lo que hoy en día se considerara inocente—en medio, les diría que se fregaran. Pero en realidad, evitaría salvar a un cultista si eso conllevaba comprometerse. No, gracias. Cuando el canto llegó a su crescendo, fue testigo de cómo la magia y la vida misma eran arrancadas de las ofrendas, cuyos restos caían con golpes sordos. Lo que quedaba de ellos ahora se arremolinaba en el centro, formando una esfera que se volvía más oscura con cada instante. Pero, como buenos cultistas, eso no era todo. Desde su perspectiva, pudo ver cuándo cambió la canción, cuándo el pastor se giró contra su rebaño. Algunos comenzaron a balancearse inestablemente al ser poseídos por la magia. Unos pocos de los más dotados percibieron su realidad macabra; solo que carecían del poder para hacer algo más que gritar su angustia. "¿Qué??" "¿Cómo..?-" "¿Por qué?" Hizo caso omiso del coro traicionero. Sorpresa, sorpresa, ¡te están traicionando! En realidad, ¿quién habría podido predecir que un líder de culto cualquiera te apuñalaría metafóricamente por la espalda? Desde luego, él no. La magia crecía mientras cuerpos caían uno tras otro. "Detectamos un pico importante," dijo su encargado con más rapidez de lo habitual. "¿Cuál es tu estado?" Un atisbo de pánico impregnaba la transmisión, generalmente profesional. Él alzó una ceja con desdén. Su viejo encargado nunca se hubiera visto alterado por algo así. "Lo de siempre; creo que pronto va a salir algo interesante." Quizá su tono despreocupado los relajaría un poco. No le importaba mucho. Su auricular permaneció inerte por segundos valiosos. "Luz verde," por fin reportó su encargado con un suspiro de alivio. "Estás autorizado a actuar." Sin responder a la transmisión, se movió de su posición boca abajo a una cucullas. La magia seguía fluctuando, el ritual casi culminando, pero él no se movió. "Repito, luz verde." Su oído vibró de nuevo. "Estás autorizado a actuar." "Lo oí la primera vez," murmuró en respuesta, esperando acallar esa molestia constante. Pero no logró nada, el zumbido en sus oídos aumentó en intensidad. "Los niveles de energía se elevan. ¡Luz verde, CX-150, actúa!" Silbó para sí mismo, meditando la decisión. Por un lado, sería más eficiente acabar con esto ahora, dependiendo de qué saliera. Por otro, quizás... "Nah, ese tipo se esforzó mucho para llegar hasta aquí. Lo menos que puedo hacer es dejar que termine." Si querían jugar a retrasar la orden de matar, él jugaría igual. Su resentimiento hacia esa designación también inclinaba la balanza. "Calculamos un demonio de Nivel Categoría 4. Por favor, actúa." Ese tonto sistema de clasificación volvió a hacer su aparición no deseada. No era ni muy útil. Sospechaba que mataba a más gente de la que salvaba. Mil órdenes, demandas y súplicas inundaron su oído, pero 'CX-150', o Cal para sus amigos, las filtraba con destreza, concentrándose en los sucesos abajo. Cuando el último de las ovejas del pastor cayó, la magia alcanzó una última nota alta y luego se estabilizó. Las velas se apagaron en unísono, descendiendo una sensación de malestar en el ambiente. La esfera, ahora de un color parecido a alquitrán, ondulaba y fluctuaba. Extremidades parecían surgir de ella, mientras una forma se formaba lentamente. "Bueno, esa es mi señal," dijo, sintiendo un alivio palpable en su encargado, mientras él descendía para unirse a la fiesta. Su aterrizaje fue suavizado con una manifestación breve de viento y logró caer sin causar alboroto. Lo cual fue afortunado, porque lo que seguía era su parte favorita. "¡JAJAJAJA, LO LOGRÉ!" La figura en el púlpito levantó su puño cerrado. "¡Todos esos años de estudio, las humillaciones y suplicios! ¡VALIÓ LA PENA! ¡Volveré cada ofensa recibida! ¡Quemarán! Primero esta ciudad y después toda la FEDERACIÓN! ¡Todos conocerán y temerán el nombre de Allister Silas Sterling!" Una risita interrumpió la celebración de Allister. Una risita que no pasó desapercibida, ya que el hombre se volteó para enfrentar la fuente. Sin la luz de las velas, le costó reconocer al intruso. Por su parte, Cal lo vio claramente. A cierta distancia, un hombre vestido con una túnica carmesí que parecía bastante cómoda. Allister era de estatura promedio,

aunque su postura encorvada lo hacía parecer más pequeño. Sus ojos hundidos se movían rápidamente, tratando de ver a través de la oscuridad. Cansado de su falta de progreso, Allister extendió la mano. Pronto apareció una llama que brindó suficiente luz para distinguir la figura de Cal en la penumbra. "¿Tú—¿quién eres? ¿Cómo—cómo entraste aquí?!" exigió el hombre enloquecido. "Me llaman Callum; soy conserje, tengo llave maestra y esas cosas," respondió Cal. Su pómulo casi se rompió con la queja de su encargado: "Ben necesitaba sacar a la esposa por su décimo aniversario, así que me tocó cubrir el turno nocturno." Se encogió de hombros en plan de "qué le vas a hacer". "Bueno, ya sabes, ¿ya terminas tú y tus amigos? Pensándolo bien, no recuerdo ningún evento para esta noche." Frotó su barbilla con fingido reflexión. "¿Lo tienes aprobado con Sally? Quizá se le olvidó decírmelo." Un Segundo Mississippi. Otro Mississippi. Y otro. Vaya, ¿lo habrá hecho rendirse ya? ¿O la magia le había pudrido demasiado el cerebro?

"¡Tú—¡tonto! ¡Al meterte en asuntos superiores a tu rango!" Allister completó su reinicio. "No importa. ¡Que tu vida sea la primera en sacrificarse para cumplir mi ambición!" gritó con tono de autoridad. Era afortunado que los demás cultistas aún no hubieran sido enterrados; si no, estarían dando vueltas en sus tumbas en ese mismo instante. Con impresionante despliegue dramático, Allister agitó su brazo envuelto en la túnica y ordenó en esa lengua extraña. En respuesta, el demonio recién invocado saltó con los brazos abiertos, dispuesto a envolver a su víctima. Debíó haber dicho algo como "abrazo a ese humano". Aunque, siendo sincero, esa intención no fue muy bien recibida, pues el 'humano' no estaba muy dispuesto a abrazar a una criatura del tamaño de un Minotauro de diez pies. Cal se refugió debajo de su alcance y se colocó tras el demonio naciente. "Perdona, amigo, parece que te estás desprendiendo y no quiero sacar un rodillo de pelusas. Mejor guardamos los abrazos para otra ocasión." Decepcionado, el demonio lanzó un gruñido gutural, y Cal se estremeció al oír cómo se rompían cristales por encima. No quería enfrentarse a las quejas. Pensando en ello, el demonio también hizo temblar un poco el suelo con su carga. El pobre contribuyente tendría que pagar otra vez. El demonio atacó de nuevo. Uno, dos, veinte golpes. Cada uno rápido y feroz, pero sin nada más. Probablemente era de tipo pura mejora. Raro para un demonio de este nivel. Divertido, pero el campo se estaba destrozando aún más, y ya había prolongado demasiado la pelea. Concentrándose en su brazo derecho, llevó la mejora más allá de lo que la mayoría consideraría cuerdo. Decidió ser más cauteloso y sacó de su 'banco' un torbellino denso que manifestó sobre su palma. Esperó pacientemente su próxima sobre extensión y, en ese momento, hundió su mano en el abdomen del demonio, usando el impulso y el viento para cortarlo en la carne recién formada. Alcanzó su cavidad torácica, atrapando su objetivo con los dedos, y lo jaló con fuerza. Se alejó unos pasos, dejando al demonio convertido en una masa de carne mágica. Examinó su premio: una esfera negra y ojuda. Era la magia concentrada que alimentaba al demonio y a la bestia cuando el primero era invocado en este plano. Hmm, calidad aceptable. Qué lástima que tuviera que entregarla. Al menos, no quemó demasiado en la pelea. Desde el incidente, había sido bastante tacaño, tratando de recuperar sus 'ahorros'. "¿Qué demonios tarda tanto?" gritó Allister enojado, girándose hacia su masa de carne: "¡Dejen de jugar y terminen con este idiota!" Ah, sí, se había olvidado de que ese tipo todavía andaba por ahí. Ojalá se hubiera dado cuenta de que su demonio ya había vuelto a los infiernos. El pensamiento de Cal se vio interrumpido por un golpe contundente, cuando la máscara del demonio cayó de su cara. Con suerte, Allister entendería ahora. "¡No, imposible! ¡Exijo que te pongas de pie!" O tal vez no. Siempre aprovechaba cualquier oportunidad para sembrar más confusión. Cal respondió con frialdad: "Lo siento, ha llegado el momento de terminar esto." Caminó lentamente hacia él. "¿Últimas palabras?" Eso pareció activar algo en el hombre roto, que levantó la cabeza, con una chispa nueva en los ojos. "¡Todo mi trabajo, me niego! ¡Me NIEGO a que esto termine aquí!" Allister

se levantó, su magia cada vez más pesada y poderosa, alimentada por la intensidad de sus emociones. "¡AHORA MUERE!" ordenó extendiendo los brazos; la masa mágica se transformó en una manifestación oscura y arcaica que se disparó hacia su enemigo. Cal no la reconoció, y eso que había visto mucho de ese tipo de magia. La golpeó con un movimiento despreocupado. Quienes observaban con atención notarían el brillo que indicaba el uso de su cubierta mágica, un escudo de protección con múltiples funciones. La separación entre ambos era demasiado grande; Allister había lanzado un huevo crudo contra un escudo de acero. Cal acortó la distancia en un solo paso. Su brazo extendido. El puño apretado alrededor de la garganta de Allister. Las manos del hombre intentaron arañar, pero sus dedos resbalaron por la cubierta de Cal. La lucha se fue ralentizando hasta que Cal vio cómo perdía su última luz. Era mejor así, más limpio. "Curioso, 'ahora muere' parece ser un conjunto de últimas palabras bastante popular." Seguro, ya se las había escuchado varias veces. Tal vez el moribundo oyó su comentario, porque, en su último aliento, cambió sus palabras: "¡Tú no eres conserje!" Soltó el cuerpo y este quedó tendido en el suelo junto a sus colegas. "Sí, lo soy. Solo limpio los desastres que deja tu gente," respondió, con tono frío. Y así terminó la vida de Allister Silas Sterling, más conocido como ASS.

Por desgracia, o por fortuna, según a quién le preguntes, la vida de Callum seguía en marcha. Lo que significaba que ahora debía lidiar con el zumbido que había ignorado durante toda la 'pelea'. "Oye, aquí estamos despejados. ¿Cuál es la ETA para el equipo de limpieza?" preguntó mientras inspeccionaba el caos en ese lugar. Con un poco de suerte, nadie planeaba usar ese sitio en un futuro cercano. Pensándolo bien, ni siquiera sabía qué se jugaba allí. "Lo de la limpieza era una broma, por cierto. Espero que no esperes que agarre una mopa y un balde, porque hay muchos cuerpos aquí." Un par de segundos transcurrieron. "Los equipos en camino," respondió su responsable con tono seco. "Se espera su llegada en veinte minutos." "Genial, genial. ¿Y qué hay de los locales? ¿Los hemos despertado?" Esperaba que sí. Ese nivel de magia no era algo que la mayoría simplemente durmiera por alto. Sin embargo, había notado algunas robustas Runas de atenuación integradas en la estructura, lo cual debía ser la razón por la que eligieron ese lugar en primer lugar. "La policía local ya está en la escena y formando un perímetro. Los protocolos de invocación están activos, así que tienen órdenes estrictas de no ingresar en las instalaciones." Recibió el mensaje. "Entonces me apartaré, por si aparecen curiosos." Eso había ocurrido antes, y se preguntaba cuántos Acuerdos de Confidencialidad tendría que firmar ese pobre tipo. Se acomodó en un rincón, deslizando su figura en las sombras. Aunque no podía calificar su "uniforme" como muy estilizado, especialmente tras las modificaciones, sus tonos grises apagados se mezclaban bastante bien con la mayoría de los fondos. Echaba de menos otras de sus características, pero estaba aprendiendo a prescindir de ellas. Jugó un poco con el núcleo de magia, absorbiendo cantidades mínimas. No lo suficiente como para notarse, pero cada pequeño paso contaba. A los veinte minutos, las puertas se abrieron de golpe, y un par de docenas de hombres y mujeres con armaduras completas irrumpieron en el estadio, extendiéndose rápidamente en todas direcciones. No solo fue su velocidad lo que impresionó, sino también la silenciosa precisión con la que actuaron. No, lo que realmente valoraba era la economía de sus movimientos. No hubo vacilaciones ni acciones desperdiciadas; cada soldado sabía exactamente qué hacer y cuándo hacerlo. En poco tiempo, lo habían visto y tenían varias armas automáticas apuntándole. Él levantó las manos en señal de súplica fingida. "Vaya, siempre están tan nerviosos. ¿No saben que ya hice todo el trabajo difícil?" Mirando entre las filas, como era habitual, no pudo distinguir ninguna característica particular. "¿Y quién de ustedes es el jefe hoy?" Sus palabras iniciales los hicieron ponerse rígidos, pero tras recibir alguna orden en silencio, dispersaron como un cardumen de peces, dejando uno en su estela. El soldado restante se acercó y se quitó el casco,

revelando a un hombre de tez extrañamente pálida con una cicatriz diagonal en la cabeza calva. "Ese soy yo. No pensaba volver a verte tan pronto, CX-150." Callum frunció el ceño ante el comentario, aunque admitía sentir cierta alegría al verlo. "Ugh, sabes que odio ese título. Solo llámame Callum o Cal, incluso. Conches, hemos pasado bastante juntos." El hombre permaneció allí con los brazos cruzados, mostrando descontento. Cal presuponía que su juego de palabras no era bien recibido. "Algunos seguimos el protocolo, CX-150." Eso era cierto, y también la razón por la que mentalmente llamaba a ese hombre Kevin. Nunca lograba recordar su identificación completa. "¿No te ascendieron?" Cal recordaba haber recibido esa noticia; incluso le había enviado un regalo de felicitación. "¿Qué haces todavía con ese aspecto?" preguntó. "Problema de programación, tuve que cubrir las ausencias," respondió Kevin con tono áspero. "De cualquier modo, sabes que a mi tipo no le gustan los escritorios." Podía creerse esa parte, pero algo en todo aquello olía raro. Lo dejó pasar. No tenía sentido insistir; Kevin no era de los que compartían mucho. "Entonces, ¿cómo puedo salir de aquí? Mi responsable está bastante malhumorado ahora mismo." Anticipándose a cualquier discusión, arrancó el auricular y lo aplastó. Como respuesta, Kevin gruñó, lo que en su idioma significaba que le parecía muy gracioso, y luego señaló hacia una parte de su unidad que se encargaba de los restos. "¿Saco la bolsa para cadáveres?" Cal encontraba esas bolsas sorprendentemente cómodas. "Es un modelo clásico." Caminó y tomó una de las bolsas de las manos de un soldado con casco. La agitó un poco para que se expandiera por completo, la abrió y se acomodó dentro. Antes de avanzar más, recordó algo. "Ah, casi se me olvida, toma." Kevin atrapó el núcleo sin mostrar mucha reacción. Lo mismo no alcanzó a decirlo por sus soldados, que o dejaron caer sus armas o volvieron a apuntar al responsable. Observando mejor, la mayoría hizo ambas cosas. "Qué nerviosos," murmuró Cal, acostándose y cerrando la cremallera. Cerró los ojos, se relajó y entró en una especie de autotrance. No era sueño exactamente, pero tampoco muy diferente. Hoy en día era su método preferido de descanso, pues dormir resultaba demasiado... arriesgado.